

Plataforma de integración franco-ecuatoriana

# Ecuador y Francia: diálogos científicos y políticos (1735 - 2013)

Coordinadores: Carlos Espinosa y Georges Lomné



**FLACSO**  
ECUADOR



**IFEA**  
INSTITUTO FRANCÉS DE ESTUDIOS ANDINOS  
UMIFRE 17, CNRS / MAE

---

Ecuador y Francia : diálogos científicos y políticos (1735-2013) = L'Équateur et la France : un dialogue scientifique et politique (1735-2013) / coordinado por Carlos Espinosa y Georges Lomné. Quito : FLACSO, Sede Ecuador : Embajada de Francia en Ecuador : Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), 2013

284 p. : il. y mapas

ISBN: 978-9978-67-398-0

ECUADOR ; FRANCIA ; HISTORIA ; CIENCIA ; ASPECTOS POLÍTICOS ; MISIÓN GEO-DÉSICA FRANCESA ; CIENTÍFICOS ; INTELECTUALES ; REAL AUDIENCIA DE QUITO

986.6 - CDD

---

© De la presente edición:

**FLACSO, Sede Ecuador**

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

[www.flacso.edu.ec](http://www.flacso.edu.ec)

**Embajada de Francia en Ecuador**

Av. Leonidas Plaza 107 y Patria - Quito

Telf.: (593-2) 294 3800

[cancilleria@embafrancia.com.ec](mailto:cancilleria@embafrancia.com.ec)

<http://www.ambafrance-ec.org/>

**Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)**

Avenida Arequipa 4500

Lima 18 - Perú

[Casilla 18-1217, Lima 18]

Telf.: (511) 447 6070

[secretariat@ifea.org.pe](mailto:secretariat@ifea.org.pe)

<http://www.ifeanet.org/>

ISBN: 978-9978-67-398-0

Cuidado de la edición: Lydia Andrés

Diseño de portada e interiores: FLACSO

Imprenta: V&M Gráficas

Quito, Ecuador, 2013

1ª. edición: julio de 2013

# Índice

Presentación .....	7
Agradecimientos .....	9
Preámbulo de la Dra. María Fernanda Espinosa Garcés, ministra coordinadora de Patrimonio .....	10
Preámbulo de su Excelencia Jean-Baptiste Main de Boissière, embajador de Francia. ....	12
Presentación de los conferencistas .....	14
Introducción .....	18
La primera Misión Geodésica francesa en el Perú y la determinación de la forma de la Tierra (1735-1744) .....	23
<i>Bernard Francou</i>	
Los primeros registros arqueológicos científicos en Ecuador: la primera Misión Geodésica .....	36
<i>Francisco Valdez</i>	
Un diálogo científico tripartito: la Misión Geodésica, los jesuitas y los criollos .....	52
<i>Carlos Espinosa y Elisa Sevilla</i>	

<b>Las Luces francesas y el siglo XVIII quiteño: un descubrimiento recíproco</b> . . . . .	69
<i>Bernard Lavallé</i>	
<b>Quito al compás de la libertad de los Antiguos (1809-1812)</b> . . . . .	97
<i>Georges Lomné</i>	
<b>La Constitución quiteña de 1812 y las ideas políticas francesas</b> . . . . .	117
<i>Juan J. Paz y Miño Cepeda</i>	
<b>Bodas de jequitibá entre la arqueología francesa y el Ecuador</b> . . . . .	126
<i>Stéphen Rostain</i>	
<b>L'Équateur et la France : un dialogue scientifique et politique (1735 -2013)</b> . . . . .	147

# Las Luces francesas y el siglo XVIII quiteño: un descubrimiento recíproco

Bernard Lavallé\*

Insistir sobre el papel de las Luces en el proceso de independencia de los países del antiguo Imperio español de América ha sido durante mucho tiempo considerado por cierta tradición historiográfica como una evidencia. Evidencia, pues la reconsideración por los filósofos de las Luces del siglo XVIII europeo de los principios establecidos y reconocidos desde hacía siglos habría permitido modificar de manera muy profunda, e incluso radical, las normas de adquisición del saber, las apreciaciones sobre la naturaleza y el funcionamiento del cuerpo social, las relaciones con la monarquía y a veces lo divino, los comportamientos individuales y colectivos, la aceptación ciega y desprovista de sentido crítico de dogmas de diversa naturaleza que podían parecer intangibles.

Con el transcurso del tiempo, un acercamiento a la vez más completo y complejo a los procesos históricos de aquella época ha cambiado de manera sensible la perspectiva. A partir de ahí, las investigaciones han considerado sobre todo, y a menudo han privilegiado, toda una serie de factores endógenos procedentes de los cambios y de las dinámicas propias de las sociedades del antiguo régimen. Entre los principales se puede citar:

- las tensiones y las aspiraciones de grupos hasta entonces marginalizados por razones sociales y/o étnicas que ya no aceptaban las funciones y el lugar subalternos en que se habían visto confinados por la organización del mundo hispanoamericano;

---

\* Profesor emérito - Universidad de la Sorbonne Nouvelle - París 3

- las presiones de diversos tipos en el seno del mundo indígena que por haber entrado en dinámicas notables se había sobrepuesto a los efectos del derrumbe demográfico y de los traumas sociales o psicológicos vinculados al aplastamiento de la Conquista y a la instalación del nuevo orden social;
- los ajustes ya necesarios frente a las exigencias de la metrópoli bien decidida con los Borbones, y en particular Carlos III, a instaurar un pacto social renovado aun más favorable a los intereses de la Península, y por lo tanto más agresivo y lesivo, en particular en lo fiscal, tanto para las élites como para la plebe americanas;
- una nueva percepción y una concepción diferentes del espacio, de su espacio, por parte de los habitantes de los virreinos americanos cuyo rancio patriotismo heredado de las concepciones criollas del siglo XVII evolucionaba conforme los marcos político-administrativos esclerosados de la época de los Habsburgos revelaban su obsolescencia bajo el embate de contextos económicos y sociales casi todos en plena mutación.

En cierta medida, la era de las tal vez mal llamadas “revueltas” y “rebeliones” que, durante el último tercio del siglo XVIII afectaron prácticamente al conjunto del antiguo Imperio fue la manifestación más visible de ese malestar generalizado que afectaba entonces, pero por motivos diferentes y a veces divergentes, a todas las capas sociales, y manifestaba su voluntad, sin duda todavía epidérmica, confusa y prácticamente sin preparación, de cambios profundos.

La nueva perspectiva y las exigencias metodológicas renovadas de las que hablábamos no han anulado el interés y la necesidad de los estudios de los factores exógenos como las Luces europeas. José Carlos Chiaramonte lo ha demostrado globalmente para el ex-Imperio, a la vez con los textos que ha reunido y con la penetrante presentación que hizo de ellos. Más cerca de nosotros, Renán Silva, también lo ha hecho para la región que aquí nos interesa, en un estudio que de manera muy significativa, concluye un libro colectivo de unas diez síntesis sobre el sistema colonial tardío.

En las páginas que siguen, guardando en memoria las exigencias y los marcos definidos más arriba para un acercamiento moderno a la influencia

ilustrada europea, en esta caso francesa, en América, quisiéramos sencillamente presentar su papel en la transmisión y elaboración de saberes, en los cuestionamientos que en esos decenios finales del siglo XVIII dejaban augurar tiempos nuevos.

### Los jesuitas de Quito y la cultura europea

Entre las instituciones culturales de la sociedad hispanoamericana, la Compañía de Jesús desempeñó un papel a la vez central y determinante en todas las regiones del ex-Imperio y en la región de Quito, donde los jesuitas estaban instalados desde finales del siglo XVI. Ya desde 1601 habían abierto su colegio de San Luis y veinte años más tarde, en 1622, hicieron lo mismo con la universidad de Gregorio Magno. Ésta estuvo primero centrada en los estudios teológicos y eclesiásticos; sin embargo, a mediados del siglo, los padres habían tratado de ampliar su docencia a otros campos más directamente vinculados con la sociedad laica (el derecho romano, por ejemplo), pero esto fue prohibido por el Consejo de Indias. Sin duda es también útil recordar que fueron los jesuitas los que introdujeron la imprenta en los territorios de la antigua Audiencia de Quito, en 1755 en su colegio de Ambato, y después en 1759 en el de Quito, con publicaciones en un primer tiempo exclusivamente clericales pero que no tardaron en laicizarse, antes que la expulsión de 1767 pusiera brutalmente un punto final al proceso.

El interés de los jesuitas por los libros y por los saberes de los que son portadores, es cosa bien conocida. Lo prueban los inventarios de varias de sus bibliotecas americanas, hechos en el momento de la expulsión. Por lo que a Quito se refiere, poseemos tres inventarios: el de la biblioteca de la provincia, o biblioteca general, los del colegio San Luis y el de la universidad Gregorio Magno. El conjunto, según escribió el célebre polígrafo alemán Alejandro de Humboldt cuando pasó por Quito a comienzos del siglo XIX, representaba alrededor de 30 000 volúmenes, lo que tal vez era un poco exagerado. En 1767, cuando se hizo el inventario de los bienes de la Compañía, el colegio San Luis contaba con un poco más de 2700 libros.

Los estudios de Ekkehart Keeding permiten un buen acercamiento a la naturaleza y al contenido de estas obras<sup>1</sup>. Por lo que es de las publicaciones francesas (o en francés), figuran en excelente posición en los varios campos. Keeding cita a Lemery, divulgador de la química de Boyle, al filósofo Du Hamel, considerado como el autor de textos de estudio más progresistas de su tiempo, al físico Réaumur, al filósofo Purchot, rector de la Sorbona y partidario, con cierta prudencia, de los planteamientos de Copérnico y también de los de Descartes. Es de notar que fue precisamente a partir de la traducción francesa del *Grand Dictionnaire Historique* de Moreri en doce volúmenes que las ideas de Copérnico, Kepler y Newton se conocieron en Quito, aun cuando los textos integrales de dichos autores estaban también en las estanterías de los padres.

Por otra parte, estos manifestaban un notable eclecticismo en sus bibliotecas. Poseían a la vez las obras de los jesuitas españoles más famosos (Mariana, Suárez), así como obras del benedictino español Benito Feijóo apologista del método experimental, en particular en su *Teatro crítico universal*, las *Provinciales* de Pascal, y el *Journal de Trévoux* publicado por los jesuitas franceses para combatir a los filósofos. También se encuentra allí a historiadores franceses menos conocidos hoy pero entonces muy leídos, eso sí, moderadamente novadores y atrevidos en sus planteamientos, como Gueullette, Rollin, Duchesne, Calmet, Mauvillon, Vallemont y de Lenglet de Fresnoy, pero también el *Grand dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, más conocido como *l'Encyclopédie*, de Denis Diderot. Aunque estaba inscrita en el Índice *expurgatorio* de los libros prohibidos en 1759, estaba sin embargo en manos de los padres, igual que otros anatémizados famosos como Copérnico, Kepler, Descartes, Malebranche o Rousseau.

En definitiva, la mayor parte de los grandes textos europeos de la época, en un abanico ideológico bastante amplio, estaba a disposición de lectores, sin duda escogidos, en las bibliotecas de la Compañía de Jesús en Quito, y además, sin un desfase cronológico notable relativamente a Europa en cuanto a su llegada a los anaqueles. Los padres, fieles a las instrucciones

---

1 Ver: Keeding (2005), primera parte, capítulo A.



romanas, seguían una ortodoxia evidente en su docencia filosófica, pero en lo que se refería a las ciencias como la física, las matemáticas, la astronomía o la botánica, no vacilaban en interesarse por las influencias recientes procedentes de Europa. Lo prueba el curso de física del padre Aguirre dictado en 1758 y encontrado por Keeding. En él se citaba a Boyle, Clarke, Copérnico, Feijóo, Huygens, Leibniz, Halley, Newton, Torricelli, y entre los franceses a Bouguer, Descartes, Fontenelle, Gassendi, La Hire, La Condamine, Réaumur, Nollet, Pitton de Tournefort, etc. En cuanto a la medicina, la Compañía de Jesús no la había enseñado nunca en sus colegios y en su universidad, pero según Keeding, su colección de obras médicas muestra claramente que no se despreocupaba del tema y que se mantenía perfectamente al tanto de los progresos realizados en Europa.

Según era su costumbre, la Compañía actuaba en esto con gran prudencia. Fue necesario esperar 1765, es decir muy poco antes de la expulsión, para que los temas cartesianos aparecieran en los temas de examen; y cuando las teorías de Gassendi sobre los átomos indestructibles o de Descartes sobre el razonamiento fueron expuestas, era ante todo para explicar en qué y por qué la enseñanza de la Iglesia se oponía a ellas. Del mismo modo, el conocimiento de Feijóo y de la nueva epistemología fundada sobre la experimentación no implicaba, ni mucho menos, ataques sistemáticos y radicales contra la rancia autoridad escolástico-cristiana.

La situación era por lo tanto extraña. Los escritos modernizantes y novadores de las Luces llegaban a Quito, estaban en las bibliotecas jesuitas, se conocían y eran leídos, pero la enseñanza de los padres seguía siendo ortodoxa, y fue necesario esperar que mediara el siglo XVIII para que las posiciones empezasen a flexibilizarse. La expulsión en 1767 puso un término brutal e inesperado a esa posible evolución de la que nunca se sabrá hasta dónde podía haber llegado. Tampoco se sabrá cómo la Compañía habría llegado, quizás, a resolver la contradicción que se percibe entre la apertura que manifestaba en su información y la ortodoxia que mantenía en su enseñanza impartida a los jóvenes quiteños.

## La expedición geodésica francesa

### *Ciencias y viajes en la América española del siglo XVIII*

Una de las innovaciones más notables del siglo XVIII hispanoamericano (sobre todo durante su segunda mitad y más aún en su último cuarto) fue una nueva aprensión de su espacio. El viejo marco geopolítico imperial organizado en lo esencial ciento cincuenta años atrás por los Habsburgos, conoció entonces una serie de modificaciones, muchas de ellas importantes y a veces decisivas para el porvenir. En la población indígena, se conocía una presión demográfica sin precedentes desde la catástrofe causada por la Conquista; esto hizo surgir en ciertas regiones inicios de frentes pioneros. Una curiosidad inteligente nacida de los tiempos nuevos empezó a interesarse por las regiones situadas más allá de los límites políticos tradicionales, y que por lo tanto se habían mantenido fuera del mundo mental de la Colonia. Las rivalidades imperiales con otras potencias europeas llevaron a España a preocuparse, por fin, por regiones del Nuevo Mundo que hasta la fecha había estado abandonadas, corriendo el riesgo de que se las quitaran otros países más emprendedores. Finalmente, movido por la voluntad de reactivar, en provecho suyo y siguiendo el ejemplo de Francia e Inglaterra, el poder madrileño inició, en los inicios de manera forzosamente aleatoria, una especie de vasto balance de las riquezas y de las potencialidades todavía no explotadas de las regiones tan inmensas como diversas que estaban bajo su autoridad en el Nuevo Mundo.

Esta última motivación se concretó en la organización de expediciones científicas en las que cartógrafos, astrónomos, botanistas, naturalistas, geólogos, etc., emprendieron una especie de inventario sistemático de las realidades naturales de los territorios recorridos; esto no solamente para enriquecer las colecciones de los gabinetes ilustrados y de los museos españoles que se estaban creando, o para satisfacer alguna curiosidad desinteresada que comenzaba a aparecer en los medios más cultos. Se ha podido decir con razón que se realizó entonces una especie de segundo descubrimiento del continente, y hoy los nombres de los jefes de decenas de expediciones de la época quedan mercedamente grabados en la entrada del madrileño Museo de América.

Tan sólo para los años 1768-1788, más de veinte viajes científicos fueron organizados, y esa cifra se triplica si se considera el período 1745-1807. Algunos han pasado con razón a la posteridad dados sus resultados: los de Félix de Azara al Paraguay con motivo de la comisión encargada de delimitar la nueva frontera con Brasil (1781-1810), los de Hipólito Ruiz López y José Antonio Pavón al Perú y Chile (1776-1787), José Celestino Mutis a la Nueva Granada (1783-1797), Martín de Sessé y Lacasta a México (1787-1797), del navegante Malaspina a lo largo de las costas del Pacífico y de algunos de sus archipiélagos, de los hermanos Heuland a Chile y Perú (1795-1800). Se podría alargar la lista... Esas expediciones se realizaron a menudo en colaboración con sabios venidos de países extranjeros, sea que participaran en ellos (el sueco Löfving en Venezuela –1754–, el francés Joseph Dombey en Chile –1777–, el checo Tadeo Haenke y otro francés, Louis Née, con Malaspina), sea que las encabezaran (Malaspina era italiano, los Heuland prusianos, el astrónomo Jean-Baptiste Chappe d’Auteroche en Baja California era francés). Otras veces, los expedicionarios estaban estrechamente asociados con sabios europeos por una abundante correspondencia, como el sueco Linné con Löfving y Mutis. Esto tuvo como efecto principal hacer entrar el mundo americano en el gran movimiento europeo de renovación de los conocimientos de la época.

Esas campañas de investigaciones, a menudo muy largas, tuvieron otra consecuencia. Los sabios europeos que las integraban tuvieron que ayudarse con la colaboración de estudiosos de los diferentes países americanos en que trabajaban. Les confiaron una parte de sus programas, los pusieron al tanto de los últimos avances del Viejo Continente, utilizaron sus habilidades y su excelente conocimiento del entorno. A menudo despertaron también en esos jóvenes criollos una curiosidad nueva por su propia realidad. Algunos de esos colaboradores americanos habían de tener más adelante un papel eminente en sus respectivos países en el momento de la Independencia. Son así de recordar, entre otros, Mariano Larrave y José Cecilio del Valle en Guatemala, Pascasio Ortiz de Letona en México, Hipólito Unanue en el Perú, José Caldas e Ignacio Pombo en Nueva Granada<sup>2</sup>.

---

2 Para una excelente síntesis reciente sobre el sentido y el alcance de esa política de expediciones científicas, ver: Sagredo y González (2004), páginas 33-88.

*Los caballeros del punto fijo hasta Quito*

En los viajes científicos, los territorios que entonces constituían la Audiencia de Quito ocupan un lugar específico. En efecto, ya desde finales del primer tercio del siglo, esto es mucho antes de los viajes de los que se ha hablado, la Audiencia de Quito recibió la visita de un grupo de sabios que iba a ocupar un espacio muy peculiar en la historia de las ciencias. El *Real gabinete de historia natural* y el *Jardín botánico* de Madrid, que más tarde habían de organizar muchas expediciones, todavía no existían, y la política de los Borbones, entonces ocupada por una profunda reforma de la Península, aún no se consagraba a la de su imperio americano, como lo haría durante el reinado de Carlos III.

El objetivo de dicha expedición era zanjar un debate que, desde hacía medio siglo, animaba y dividía a los medios científicos europeos. ¿Era la Tierra aplastada hacia los polos, como pretendían los ingleses seguidores de Newton, o era nuestro planeta un tanto ovalado, como sostenían en Francia Cassini de Thury y Fontenelle a partir de los estudios de Descartes? Es inútil precisar que ese gran debate científico, en algunos momentos muy animado y hasta desprovisto de ecuanimidad, no estaba exento de indirectas, de susceptibilidades y de rivalidades nacionales<sup>3</sup>.

A finales de 1733, Louis Godin propuso a la Academia de Ciencias de París organizar conjuntamente dos expediciones encargadas de medir un grado del meridiano en condiciones opuestas: una lo más cercana posible al polo norte, otra en el ecuador. Para la primera, razones de proximidad y accesibilidad impusieron Laponia, adonde se encaminaron Moreau de Maupertuis, Clairaut y Le Monnier. Para la segunda, la costa africana “poblada de salvajes” y las islas de la actual Indonesia, demasiado alejadas y, según se pensaba, impracticables por su relieve, fueron finalmente descartadas en provecho de la costa del Perú (del actual Ecuador) que parecía presentar muchas ventajas y todas las comodidades deseables para los experimentos y las medidas que se habían de hacer.

---

3 Sobre esa controversia, su contenido científico y sus trasfondos nacionales, ver: Lafuente y Mazuecos (1987), en particular el capítulo “Astrónomos, geómetras y geodestas y Londres, París, dos ciencias sobre la Tierra”. Ver más precisamente los documentos de Maurepas citados en las páginas 86 y 87.

El proyecto entusiasmó al conde de Maurepas, entonces ministro de Marina y también vicepresidente de la Academia de ciencias, quien decidió no perder tiempo y encargó al embajador francés en Madrid que solicitara las autorizaciones necesarias. Insistió mucho en el hecho de que dicha expedición no tenía ninguna mira ni segunda intención de tipo económico o comercial, lo cual, además, no es quizás del todo exacto. Al diplomático se le encomendaba aplacar de antemano posibles sospechas españolas en una época en la que el contrabando francés en esas zonas era muy activo<sup>4</sup>.

En ese aspecto sumamente delicado, el gobierno hispano se mostró sin embargo de una reactividad casi excepcional. Informado del pedido a fines de marzo de 1734, Felipe V dio un primer parecer favorable el 6 de abril. Durante los meses que siguieron, el Consejo de Indias estudió el proyecto, emitió algunas observaciones y manifestó los esperados temores en cuanto a la posibilidad de ver a los franceses aprovecharse de la ocasión para intensificar sus actividades delictivas y clandestinas ya muy boyantes en la costa del Pacífico sur, tratando además de obtener informaciones sobre cuestiones sensibles, por ejemplo de tipo militar. Finalmente, el rey sin duda preocupado por hacer efectivo el Pacto de familia firmado poco antes en 1733 con los Borbones de Francia, dio un visto bueno definitivo el 11 de julio a pesar de la reticencia de sus consejeros.

Dejemos de lado los aspectos económicos de la preparación del viaje, que fueron, como siempre, muy complejos y sometidos a muchas restricciones que auguraban no pocas dificultades y que efectivamente no habrían de faltar<sup>5</sup>. Después de algunas defecciones y las necesarias sustituciones, el 16 de mayo de 1735 la nave *Le Portefaix* zarpó de La Rochelle llevándose a bordo a Louis Godin, el jefe de la expedición, acompañado de Pierre Bouguer, Charles Marie de La Condamine, Joseph Jussieu, Verguin, Couplet, Godin des Odonnais (sobrino de Louis), el cirujano Séniergues, Morainville y Hugot, encargado de los instrumentos de medición.

---

4 Sobre esa controversia, su contenido científico y sus trasfondos nacionales, ver: Lafuente y Mazuecos (1987), en particular el capítulo "Astrónomos, geómetras y geodestas y Londres, París, dos ciencias sobre la Tierra". Ver más precisamente los documentos de Maurepas citados en las páginas 92 y 94.

5 Ver: Ramos (1985), t. páginas 52-53.

Después de escalas en las colonias francesas (Martinica y Santo Domingo), *Le Portefaix* llegó por fin a Cartagena de Indias el 15 de noviembre y allí encontró a los dos guardiamarinas, con buena preparación en astronomía y matemáticas, que la parte española, como lo recomendará el Consejo de Indias, había integrado a la expedición, a la vez para controlarla y para no dejar la integralidad del éxito científico esperado a representantes de una nación que no por ser aliada dejaba de ser extranjera. Se trataba de Antonio de Ulloa y de Jorge Juan y Santacilia, que había reemplazado a José García del Postigo inicialmente previsto. Como bien se sabe, ambos oficiales sacarían de su larga estancia americana las famosas *Noticias secretas de América*, testimonio de inestimable valor sobre las realidades andinas de la época y que había de publicarse en Inglaterra, lo que hizo sospechosas para muchos españoles sus duras críticas de las prácticas y de los abusos coloniales.

Ese primer contacto con la realidad americana continental resultó bastante rudo para los miembros de la expedición. Jussieu, Godin des Odonnais, Morainville y Bouguer padecieron una enfermedad que no se pudo identificar. El viaje prosiguió de manera clásica con sus acostumbradas demoras, incomodidades y problemas de diversas índoles, a los que se añadieron vivas tensiones personales que agravaron las habituales dificultades de la navegación en el Pacífico. Los más encontrados eran, por una parte Godin, y por otra Bouguer y La Condamine.

En cuanto llegaron a una tierra que dependía de la Real Audiencia de Quito, esto es en la escala de Manta, desembarcaron pretextando que querían comenzar sin demora sus trabajos de triangulación geodésica. Mientras tanto, el grueso de la expedición continuó por mar hasta Guayaquil, antes de encaminarse por tierra a Guaranda, Ambato, Latacunga y Quito a donde llegaron el 29 de mayo de 1736, alojándose los primeros días en el palacio de la Audiencia.

Las Condamine, que no pudo realizar en Manta lo previsto, había seguido río arriba el Esmeraldas, y de ahí se había dirigido hacia Quito donde entró el 4 de junio. Siguiendo una ruta que entonces era más proyecto que realidad, Bouguer se había separado de La Condamine, había ido más al Sur y fue el último, el 10 de junio, en reunirse con sus compañeros, de

entre los cuales Couplet murió poco después de fiebres malignas que sin duda se le habían pegado durante la travesía del Istmo.

### *La colaboración de los jesuitas*

El presidente de la Audiencia, D. Dionisio de Alcedo y Herrera, les dio buena acogida, aunque, en conformidad con las órdenes recibidas de la Península, revisó con sumo (y a veces excesivo) cuidado los numerosos bultos de los franceses. Estos no tardaron en ponerse a trabajar y establecieron relaciones privilegiadas con los jesuitas. La Condamine había sido alumno de la Compañía en el parisino y muy selecto colegio *Louis le Grand*, y fue a vivir en el colegio de San Luis. Incluso tuvo que pedir en algún momento la ayuda financiera de los padres, y más tarde, cuando el médico de la expedición Jean Séniergues murió asesinado en Cuenca, La Condamine consiguió que fuese enterrado en la iglesia de la Compañía.

Es de precisar que los franceses llegaban en un momento particularmente tenso y de división entre criollos y peninsulares en la provincia quiteña de la Compañía. Algunos años antes, en 1731, un jesuita español, el padre Hormaegui, había sido nombrado en Roma rector del colegio San Luis, decisión que habían ignorado el padre provincial y un grupo de jóvenes criollos. Para restablecer la autoridad un tanto venida a menos, el general había mandado a Quito al padre Andrés de Zárate con el encargo de hacer efectivo el nombramiento del padre Hormaegui y de exiliar de la provincia a aquellos padres que tan gravemente habían infringido la bien conocida disciplina de la Compañía. El cabildo de Quito, donde los criollos eran mayoría, se había inmiscuido en el asunto y la elección de los alcaldes a comienzos del año de 1736 había suscitado nuevas tensiones a raíz de la intervención del presidente de la Audiencia<sup>6</sup>.

La Condamine había instalado su observatorio en los locales del colegio y, cuando se ausentaba, lo sustituía uno de los padres, el italiano Pietro Milanesio que, además, siguió con sus mediciones después del regreso a

---

<sup>6</sup> Ver: Ramos (1985), t. páginas 52-53.

Europa de los franceses. En sus investigaciones sobre la biblioteca de los jesuitas quiteños, Ekkehart Keeding ha demostrado que más tarde el sabio galo había continuado su relación con los profesores del colegio San Luis. Fue él quien les mandó desde París, con dedicatoria, las *Institutiones Physicae* de Musschenbroek (Leyden, 1748) sobre la física newtoniana. Sin embargo, como observa Keeding, dicha dedicatoria y la firma que la acompañaba fueron tachadas para ocultar la proveniencia de la obra que sin duda planteaba problema a los padres en la medida en que, como hemos visto, los principios epistemológicos de Newton no encajaban con los que profesaban.

La Condamine no fue el único en tener relaciones seguidas y estrechas con las comunidades religiosas durante la estancia de los expedicionarios en Quito. Lo prueba otra vez Keeding cuando anota que Godin donó al colegio agustino algunos libros franceses recientes de física, química, filosofía y teología. Por otra parte, ya se sabe que Godin tuvo con el jesuita suizo Jean Magnin contactos que llevaron a éste a familiarizarse con la filosofía cartesiana y sus procedimientos. Los defendió en 1744 en un escrito dirigido a La Condamine, con una dedicatoria para la *Académie des Sciences* de París, la cual decidió contarle en adelante entre sus miembros asociados.

Magnin también estuvo estrechamente relacionado con La Condamine, sobre todo durante la segunda parte de la estancia de éste en Quito. Había puesto a su disposición la documentación existente en el colegio sobre las misiones de Mainas, en particular el material cartográfico que La Condamine había de utilizar para las publicaciones que hizo en Francia. Durante el regreso del sabio francés por el río Amazonas, Magnin lo acompañó durante algunos días, de Borja a Laguna, y al momento de separarse La Condamine le obsequió parte de sus instrumentos, entre ellos su cuadrante<sup>7</sup>.

Según Keeding, la influencia científica de la expedición se hizo sentir sobre todo entre los jesuitas no españoles de Quito, quienes parecen haber tenido con los franceses relaciones más espontáneas y con menos segundas

---

7 Ver: Keeding, Ekkehart, (2005) páginas 113-119. Para las relaciones de La Condamine con el padre Magnin, ver también: Lafuente y Mazuecos, (1987), páginas 122-124 y 142-143.



intenciones que los padres hispanos o criollos. Aunque Magnin no llegó a ocupar ninguna cátedra en el colegio San Luis, es representativo de la evolución, sin lugar a dudas acelerada por la presencia de la expedición francesa, que había de llevar a la universidad quiteña de San Gregorio a aceptar, a partir de 1745, no sólo la enseñanza del cartesianismo sino también la instauración de un diálogo con sus posiciones sobre la ciencia moderna<sup>8</sup>.

*Pedro Vicente Maldonado y las promesas de las Luces quiteñas*

Durante su larga estadía, los sabios franceses no estuvieron únicamente en contacto con los religiosos. En su *Journal du voyage*, La Condamine constata que tanto las ciencias como las artes estaban en general poco desarrolladas, pero subraya también que un número reducido de personas eran, según su expresión, “depositarias del fuego sagrado”. Cita así a José Dávalos que, en su hacienda Los Elenes, cerca de Riobamba, había reunido una imponente biblioteca sobre temas bastante diversos, y cuyo hijo traducía las *Mémoires* de la Academia de Ciencias de París. Del mismo modo, en Latacunga, el marqués de Maenza tenía un observatorio equipado con los mejores instrumentos fabricados en París y Londres. No serían los únicos miembros de la aristocracia local en seguir así las novedades del pensamiento moderno de la época. Unos diez años más tarde, consta que los condes de Casa Jijón y el marqués de Selva Alegre poseían, ellos también, bibliotecas muy bien surtidas.

Otro representante de esa élite iba a establecer relaciones muy estrechas con la expedición geodésica francesa, en particular con La Condamine. Se trata de Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor, nacido en 1704 en una rica familia de Riobamba. Había recibido su primera formación de su hermano José, un eclesiástico en gran parte autodidacta, lector asiduo, según La Condamine, des *Mémoires de l'Académie* y hasta del libro de Malebranche titulado *Recherches de la vérité*, a pesar de que estuviera desde comienzos del siglo XVIII en el Índice expurgatorio. Más adelante, Pedro

---

8 Ver: Keeding, (1973), páginas 43-67.

Vicente Maldonado había estudiado con los jesuitas quiteños en el colegio San Luis, y había vuelto a su provincia donde ocupara diversos puestos de profesor y después en la administración (teniente de corregidor), antes de llegar a ser alcalde de su ciudad natal.

El primer contacto entre el francés y el criollo había sido casual, durante el periplo por tierra que La Condamine había hecho desde Manta. Pedro Vicente Maldonado se encontraba entonces en la provincia de Esmeraldas para la realización de un viejo sueño: la apertura de un camino directo de Quito al puerto de Atacames, utilizando el valle del río Esmeraldas. Esa vía, según se suponía, presentaría varias y notables ventajas. Era mucho más corta que la distancia y la duración del trayecto Guayaquil-Quito, mucho menos penosa, y permitiría a los mercaderes y a la aristocracia de la capital liberarse del peso costoso y molesto desde varios puntos de vista de la escala obligada en Guayaquil<sup>9</sup>.

El contacto entre los dos hombres, más o menos de la misma edad, fue inmediatamente excelente, y en cuanto llegaron a Quito, La Condamine y sus compañeros se habían beneficiado de la ayuda de la familia Maldonado. El hermano de Pedro Vicente Maldonado, Ramón Joaquín, sirvió de intermediario entre la buena sociedad quiteña y los franceses. Éstos eran recibidos con frecuencia en casa de los Maldonado donde las tertulias a menudo giraban alrededor de las noticias de Francia y de Europa, y donde se leían libros franceses. Entre los que acudían con más frecuencia se puede señalar al rico mercader criollo Casagrande, cuya hija Isabel se casaría con Godin des Odonnais. Cuando surgieron los apuros financieros, los hermanos Maldonado sirvieron de avales para los préstamos que tuvieron que solicitar los franceses y hasta les adelantaron dinero, cosa que también hicieron con Jorge Juan y Antonio de Ulloa. También es de notar que gracias a los Maldonado, en su casa en Riobamba, los expedicionarios conocieron a don José Dávalos (del que se habló en un acápite anterior), que era cuñado de Pedro Vicente Maldonado<sup>10</sup>.

---

9 Sobre este proyecto, su utilidad esperada y el papel de Pedro Vicente Maldonado, ver: Rueda (1992), páginas 33-54.

10 Para más detalles sobre estos aspectos, las condiciones materiales y sociales de la estancia de los franceses en Quito, ver: Zúñiga, (1977), páginas 30-37.

Aunque Maldonado tenía una sólida formación científica, la colaboración con los franceses, sobre todo con La Condamine, fue par él decisiva. En su *Journal du voyage*, éste relata cómo había enseñado a su amigo el uso de la brújula y del barómetro, así como las mediciones geográficas de la altitud. En 1741, su colaboración desembocó en la idea y más adelante en la realización de un mapa regional en base a sus propias investigaciones, a las de otros miembros de la expedición (Bouguer y Verguin) y también a los trabajos de misioneros jesuitas de origen alemán que habían sido los primeros en pensarlo e intentarlo. En su *Journal du voyage*, La Condamine hace homenajes repetidos a Maldonado. Hace hincapié en “su inteligencia y su actividad... su pasión por aprender”, en la facilidad con que su amigo relacionaba los diferentes campos del conocimiento. Según le parecía, Maldonado también tenía otro mérito eminente, su determinación “en introducir en su patria la afición a la ciencia y las artes”, y ser con toda evidencia la persona más idónea para conseguirlo. Esto basta para expresar las esperanzas que el sabio francés depositaba en su amigo de Riobamba.

Finalmente, cuando en junio de 1743 La Condamine regresó a Francia siguiendo río abajo la falda oriental de los Andes hacia el Amazonas, se reunió con Pedro Vicente Maldonado en Laguna, y los dos continuaron juntos su periplo. Cuando llegaron al Pará, como La Condamine no tenía pasaporte y temiendo que sus preciosos papeles le fuesen confiscados en caso de caer en manos de enemigos de Francia, decidió pasar por la Guayana holandesa, mientras que Maldonado se embarcaría para Lisboa, portador del “testamento científico” del francés y con la misión de entregarlo al embajador galo en la capital portuguesa.

Después de una estadía de varios meses en Paramaribo y una escala en Holanda, La Condamine llegó finalmente sin problemas a París en el mes de febrero de 1745 antes de ser recibido en la Academia de Ciencias de París en sesión solemne, durante la cual leyó extractos de su viaje por el río Amazonas.

En cuanto a Pedro Vicente Maldonado, había dejado Portugal para ir a España, donde mostró en Madrid los nuevos productos que traía, en particular caucho, platino y canela; y publicó su *Descripción de la provincia*

*de Esmeraldas*. Dados sus méritos, fue acogido con muchos miramientos en los ámbitos ilustrados y políticos de la capital española. El propio Felipe V lo recibió en audiencia personal, le hizo gentilhomme de la Cámara y confirmó para él y sus sucesores de las dos próximas generaciones el cargo de gobernador de Atacames, cargo que Maldonado había dejado a sus hermanos mientras estaba fuera.

Después, Maldonado pasó a Francia donde sus amigos de la expedición, quienes, aunque seguían bastante encontrados unos con otros (en particular La Condamine y Bouguer) por vivas polémicas, le recibieron de manera muy acogedora, a la vez por la amistad que los unía con él pero también por la estima científica que le testimoniaban. El hijo de Riobamba mostró de nuevos sus productos americanos, fue recibido en sesión solemne por la Academia de Ciencias de París, que le había elegido entre sus correspondientes, y fue ayudado en la preparación de la impresión de su célebre mapa de la Tierra, broche de oro de sus largos trabajos geográficos (aunque no pudo ver cuando salió de imprenta en 1750 gracias a La Condamine).

Comparado con el mapa de los misioneros jesuitas alemanes que privilegiaron el eje amazónico, lo que era normal dadas las prioridades de los autores, el mapa de Pedro Vicente Maldonado estaba organizado alrededor del meridiano que pasaba por Quito por la torre de la Merced. Era más equilibrado, más conforme con la realidad económica y humana de la provincia de la que mostraba un entendimiento y una apropiación mental nuevos. Sobre todo, era más completo y exacto gracias a la diversidad de los aportes y de las técnicas nuevas que su autor había aprovechado<sup>11</sup>.

Después, encontramos a Maldonado en el ejército español de Flandes bajo el mando del duque de Huéscar. Posteriormente, partió para Amsterdam e Inglaterra donde recibió igualmente la unción de los ámbitos científicos. En octubre de 1748 presentó en la *Royal Society* una conferencia sobre el uso del curare por los indígenas de la región amazónica, tal como había podido observarlo en Laguna mientras esperaba a La Condamine. El tema era entonces de actualidad, en una época en que se buscaban poderosos analgésicos capaces de acompañar y permitir los adelantos de la cirugía.

---

11 Ver: Gómez (1983), página 160 sq.

La *Royal Society* lo eligió como miembro corresponsal, aunque falleció el 16 de noviembre de 1748 de fiebres malignas, según entonces se decía, antes de haber sido oficialmente recibido por la docta corporación.

Es con razón que Antonio Lafuente y Antonio Mazuecos, en su libro ya citado, insisten en que Pedro Vicente Maldonado, dada la importancia de sus trabajos propios y de la ayuda a menudo decisiva que aportó a los científicos franceses, se debe considerar como un miembro más de la famosa expedición. Sus méritos fueron efectivamente reconocidos y consagrados por sus pares europeos en los dos países que concentraban entonces la avanzada de la renovación científica ilustrada; pero el destino le privó de una trayectoria personal que le hubiera permitido proseguir en ese camino, dar plenamente pruebas de su inteligencia, de sus saberes y de su voluntad de abrirse a las innovaciones de su tiempo en provecho de su lejana tierra.

Prácticamente desconocido en Quito, su trayectoria trunca y sus trabajos, en particular el mapa de la Audiencia, tuvieron que esperar varios decenios antes de ser reconocidos por sus eminentes méritos. Cuando, a finales del siglo, el camino directo de Quito hasta el Pacífico se hizo realidad, el presidente de la Audiencia, Juan Antonio Mon y Velarde, escribió en su *Informe* de 1791 que “el mapa de esta provincia elaborado por el célebre Maldonado era utilizado por la administración como la guía más exacta”<sup>12</sup>.

El año siguiente, el 15 de marzo, en las *Primicias de la cultura de Quito* (primer periódico de Quito), Eugenio Espejo escribió un sentido elogio de su compatriota, insistiendo en el hecho de que aquel “sabio con conocimiento profundo de la geografía” seguía siendo desconocido en España y había caído en el olvido en América, mientras era justamente “elogiado” en dos centros de referencia en materia científica, Londres y París, donde “celebran a porfía al sobresaliente Maldonado”. Si Europa, por la voz de Alejandro de Humboldt, había de confirmar sus juicios encomiásticos sobre la obra de Maldonado, ésta en Quito se estaba convirtiendo con retraso en “[...] uno de los fundamentos del incipiente patriotismo y nacionalis-

---

12 Citado por Keeding (2005), página 371.

mo quiteños, bien sea por intereses comerciales o por el interés de valorar justamente la ciencia y la producción intelectual americanas”<sup>13</sup>.

### El aporte quiteño a las Luces francesas

Sería a la vez injusto e inexacto considerar el papel de los franceses en la Audiencia de Quito únicamente en el marco de la expedición geodésica. En efecto, la estancia de La Condamine y sus colegas fue para las Luces francesas una fuente de enseñanzas de gran importancia. Fuera del problema de la forma de la Tierra que se arregló de manera definitiva y desfavorable para las tesis hasta entonces sostenidas en Francia, los miembros de la misión reunieron una considerable cantidad de conocimientos, experiencias y observaciones de las que se iban a aprovechar sus compatriotas y la comunidad científica europea. En particular, los grandes textos de La Condamine y sus numerosas comunicaciones ante la Academia de Ciencias de París otorgaron a los saberes reunidos durante sus años de residencia en Quito una difusión y un éxito que es difícil imaginar más de dos siglos después.

Su carácter y naturaleza eran tanto más novadores que la misión había sido la primera de este tipo organizada por franceses en regiones en las que la política colonial de la época, idéntica en todas las cortes europeas, había reservado hasta entonces la exclusividad a la potencia colonizadora, en este caso España.

Otros expedicionarios dieron a conocer en Francia sus investigaciones y sus descubrimientos, pero se limitaron al campo, en general bastante estrecho, del que eran especialistas. Al contrario, La Condamine, con una mente sin duda más abierta, tanto de saberes como de centros de interés casi enciclopédicos, y con una pluma más alerta, supo cautivar a sus lectores por la variedad de sus textos, la riqueza y agudeza de sus observaciones, la vida que sabía dar a sus relatos y el carácter en todo novador de lo que refería, tanto en la *Relation abrégée* de su viaje (1745) como en su *Journal*

---

13 Citado por Keeding (2005), página 372. Ver también la cita recordada por Keeding en la página 401. Para más detalles sobre las relaciones entre La Condamine y Pedro Vicente Maldonado, ver: Lara (1987), páginas 64-79.

*du voyage fait par ordre du roi à l'équateur* (1751) y el *Supplément* que publicó al año siguiente, libros que en su tiempo fueron verdaderos éxitos en los círculos ilustrados.

Tampoco se debe olvidar la contribución de La Condamine y Jussieu<sup>14</sup>, el botanista de la expedición, al estudio de la cascarilla, la famosa corteza febrífuga del árbol de la quina que fueron a examinar en la región de Loja. El primero se llevó semillas y trató de imaginar una producción a gran escala de esa medicina milagrosa. En su primer encuentro con Pedro Vicente Maldonado, La Condamine, llevado por éste, descubrió las ventajas y usos del látex que utilizó para proteger sus instrumentos, y los dos escribieron sobre ese producto una memoria que mandaron a Europa. Otra vez en unión con Maldonado, La Condamine vio por primera vez el platino del que envió pruebas a París, y el curare cuya preparación por los indios estudió, probando después sus efectos sobre pequeños animales en Cayena y después en Europa, para espanto de los que presenciaron los experimentos.

Más adelante, durante su larguísimo viaje de retorno, La Condamine pudo constatar la eficacia de la inoculación antivariólica, que no se debe confundir con la vacunación descubierta por Jenner en 1798, casi un cuarto de siglo después de la muerte del sabio francés. A pesar de potenciales peligros, la inoculación representaba sin embargo un progreso innegable. La Condamine había de hacerse su propagandista y le dedicó tres memorias en 1754, 1758 y 1765. Finalmente, la curiosidad siempre despierta de La Condamine le hizo notar la contaminación de las reses por los murciélagos hematófagos y le llevó a escribir sobre animales bastante extraños para el público francés: tortugas, caimanes, pájaros, monos y grandes felinos, cuyas descripciones muy precisas y evocadoras, por su novedad y su carácter exótico, habían de seducir a sus lectores, asegurar el éxito de sus libros y... suscitar aún más la envidia por parte de sus excompañeros de la expedición<sup>15</sup>.

---

14 Para una revalorización del papel de Jussieu en la misión geodésica, ver: Judde (1987) páginas 28-42.

15 Para más detalles sobre estos aspectos de la obra de La Condamine, ver en el libro colectivo citado en las notas precedentes las contribuciones de: Naranjo, páginas 13-27, y Théodorides, páginas 55-62.

## Eugenio Espejo y las Luces quiteñas a finales del siglo XVIII

La figura de Eugenio Espejo fue sin lugar a duda la más insigne de las Luces en Quito a finales de la centuria, y con mucha razón se lo ha calificado a menudo como precursor de la Independencia. Esto se debe a la vez a la agudeza de sus análisis sobre la situación en la que le tocó vivir, a la riqueza de su cultura y a la solidez de su formación. Según confesara, había estudiado en todas las bibliotecas conventuales de su ciudad, pero sobre todo, de 1792 a 1795, fue el primer secretario de la Biblioteca Pública de Quito constituida en lo esencial en base a la de los jesuitas expulsados en 1767. Estos elementos, a los que hay que añadir la formación médica del personaje y su interés enciclopédico por las ciencias y los descubrimientos de su época, bastan para entrever la amplitud y diversidad de la formación que había adquirido al contacto de esos libros. Por otra parte, el recuerdo de éstos siempre estuvo presente en su mente, no sólo en la concepción y redacción de sus propios libros, sino también en los momentos más difíciles de su existencia, por ejemplo cuando estuvo preso, en 1787, o cuando fue desterrado a Bogotá, ocasiones en las que declaró haber sido acompañado por el *Contrat social* de Rousseau.

A partir de minuciosos análisis, Carlos E. Freile ha contabilizado alrededor de 670 autores citados en los diversos textos de Espejo, 125 de ellos científicos y 230 filósofos o teólogos. En ese conjunto, 342 eran eclesiásticos, de los cuales 145 eran jesuitas. Clasificados por épocas, 129 eran escritores de la Antigüedad, treinta y nueve de la Edad media, ochenta y ocho de los siglos XV y XVI, 184 del siglo XVII y 166 del siglo XVIII. Si esos autores eran, como era normal, mayoritariamente españoles e hispanoamericanos (respectivamente ciento diecisiete y veinticuatro), los franceses encabezaban, y con mucho, la lista de los extranjeros (106), delante de los italianos, setenta y ocho, los ingleses, treinta y uno, y los alemanes, veinte y ocho<sup>16</sup>.

No se puede reproducir aquí el repertorio de todos los autores franceses censados por Freile, ni tampoco afirmar que Espejo había leído todos los textos que cita, y de los cuales tenía sin duda para muchos un conocimien-

---

16 Ver: Freile (1997), capítulo dos tres.



to indirecto. Para concentrarnos sobre los que Freile clasifica en la categoría de los filósofos y científicos novadores, más vinculados con el tema de este texto, observamos que Espejo cita entre otros a Pierre Bayle, Jean Louis Buffon, D'Alembert, Daubenton, Descartes, Diderot, Fénelon, Fontenelle, Gassendi, Malebranche, Montaigne, Montesquieu, Pascal, Raynal, Réaumur, Rousseau y Voltaire, lo cual da una buena idea de la amplitud, valor y eclecticismo de sus lecturas francesas.

Keeding hizo otro acercamiento. Ha tratado de identificar los libros que habían sido de Espejo, a partir de las rúbricas que solía poner en las primeras páginas de los volúmenes de su pertenencia. Del medio centenar detectado por el investigador alemán, en lo que se refiere únicamente a las ciencias naturales, las publicaciones francesas son trece de veinte, y un libro de matemáticas sin duda dejado en Quito por Godin, el *Journal de voyage* así como su *Supplément* de La Condamine, y siete tomos de memorias de la *Académie des Sciences de Paris*, de los años 1711 a 1748; libros sin duda vinculados, ellos también, con la presencia en Quito de la expedición geodésica francesa. Es de notar, además, que su ejemplar de las obras de La Condamine le había sido obsequiado por José Vicente Maldonado, de quien hemos hablado más arriba.

Esa fuerte presencia francesa en la biblioteca de Espejo y su deseo confesado de conseguir libros franceses para sacar de ellos ideas, conceptos y pensamientos nuevos, no debe ocultar que había en él una voluntad real de universalizar su cultura, como bien lo muestra la clasificación por naciones anteriormente referida de los autores a los que cita.

Los diversos estudios que se han dedicado al pensamiento de Espejo insisten todos en la influencia de sus lecturas en su formación y evolución. Cualquiera que sea el campo, cuestiones educativas, economía y política, reformas médicas y sociales, etc., todos los investigadores que se han dedicado a ello<sup>17</sup> han subrayado el papel de acceso a la modernidad que desempeñó esa biblioteca, en particular sus lecturas francesas, y europeas de una manera más amplia; y no hay necesidad de retomar aquí las convincentes demostraciones de dichos especialistas.

---

17 Ver Roig, A. (1984), Astuto P.L. (1969) y Guerra Bravo (1978a y 1978b).

Sin embargo, que se nos permita hacer hincapié en los trabajos de Carlos Paladines. Situando con más precisión a Espejo en su época y su entorno, identificando de manera más detallada su perspectiva crítica, con sus aciertos pero también sus carencias e incluso sus contradicciones, Paladines es sin duda el crítico que mejor ha destacado el carácter creativo y original de la posición del precursor, nacida del encuentro de influencias intelectuales exteriores, de constataciones y de proyectos políticos o sociales propios de su medio, de su tiempo y de las perspectivas colectivas que él había construido poco a poco<sup>18</sup>.

La riqueza del pensamiento de Espejo, el impacto de sus escritos y el ejemplo de sus problemas con el poder colonial español<sup>19</sup> a veces ha dejado en la sombra otras figuras quiteñas de las Luces de finales del siglo XVIII. A partir de la evocación de las bibliotecas existentes en la ciudad en esa época, en su ya citado libro, Keeding muestra el papel de hombres como Miguel Jijón y León, José Mejía y Manuel Quiroga. El primero manejaba perfectamente el francés. Había residido varias veces en París donde había encontrado a las figuras más notables de la Luces francesas del momento, entre ellas Diderot, d'Holbach y Chastellux. Algunos años después de su regreso a Quito, en 1790, Jijón y León poseía una biblioteca de 223 títulos de los que Keeding ha identificado más o menos la mitad. Entre los rasgos más notables de esta biblioteca, encontramos que estaba constituida por obras relativas a temas políticos, históricos y comerciales, de los cuales unos veinte estaban prohibidos por la Inquisición y por lo tanto habín sido publicados de manera anónima, en particular en Amsterdam.

Por otra parte, es de notar que también figuraban allí obras francesas sobre la actualidad: libros de viajes por el Pacífico (Reveneau, Prévost y Cook), el desarrollo del Saint-Domingue francés, entonces ejemplo acabado de la economía de plantación (*Considérations sur l'état présent de la colonie française de Saint Domingue* de D'Aubreteuil, 1776), la guerra de Independencia de las colonias inglesas de América del Norte (Robinet, Cé-

---

18 Ver Paladines (1978,1981, 1989).

19 Para esos aspectos, ver: Chiriboga (2006).

risier, Soules) y hasta libros sobre el cuestionamiento del vínculo colonial con la célebre *Histoire philosophique des deux Indes* del abate Raynal.

Otro personaje, muy vinculado con Espejo, puede ser considerado como una de las figuras entonces más relevantes de las Luces de Quito. Se trata de José Mejía (1775-1813), quien visitaba con frecuencia al precursor, conversaba largamente con él, y acabó además por casarse con su hermana en 1798. La cercanía personal e intelectual de los dos hombres llegó a tal punto que durante mucho tiempo se pensó que la biblioteca de Mejía era la de Espejo, pero, a pesar de reales similitudes, en particular en lo que se refiere a los grandes clásicos, según Keeding no coincidían sino en alrededor de una cuarta parte. Por supuesto, los centros de interés de Mejía eran más restringidos que los de Espejo, aunque a pesar de haber sido catedrático de latín y filosofía en la universidad durante algunos años (1796-1802), se inclinaba de manera muy notable hacia las ciencias naturales y la medicina, tal vez bajo la influencia del Espejo.

### Las Luces católicas en Quito

Otro acercamiento a la penetración de las ideas nuevas en Quito a finales del siglo XVIII puede ser el que nos ofrecen los programas de la universidad tales como fueron reformados primero según el *Plan de estudios* del obispo José Pérez Calama en 1791 y después de manera complementaria por el presidente Carondelet en 1800. José Pérez Calama pertenecía a esa generación de prelados que, por su apertura de espíritu sobre el siglo, trabajaron en modernizar la enseñanza, aunque siguiendo la ortodoxia católica más perfecta, hasta tal punto que se ha podido hablar de *Luces católicas*, por oposición a las que hacían del cuestionamiento del papel de la Iglesia y de su magisterio, de manera más o menos directa y velada, el eje de su posicionamiento ideológico<sup>20</sup>.

Entre esos prelados ilustrados, se puede citar a Lorenzana, Fabián y Fue-ro, Espiñera, Maciel, Martínez Compañón, Azamor y Ramírez, Antonio de

---

20 Para un estudio global de esos prelados y su concepto de Luces católicas, ver: Castañeda (1987), páginas 79-100.

San Alberto<sup>21</sup>. ¿Cuáles fueron sus puntos comunes, aunque distaran muchos de estar al mismo nivel y de tener orientaciones uniformes?: la sustitución de la vieja escolástica por otra inspirada de manera positiva pero prudente de la renovación de la época, una oposición decidida al laxismo, al probabilismo, y una crítica firme de ciertas prácticas de la Iglesia influenciada por el galicanismo, la predominancia de las lenguas vernáculas sobre el latín, etc.

El plan del obispo Pérez Calama que llegó a Quito procedente de Nueva-España a comienzos del último decenio del siglo<sup>22</sup>, se situaba en la línea de esas reformas, y los libros sobre los que se apoyaba seguían sin duda la gran tradición hispana pero también imponían, en el sentido arriba indicado, las ideas de los catecistas franceses Fleury y Pouget, de las obras históricas de Rollin y Duchesne, del filósofo Jacquier, pero también de Malebranche sobre la búsqueda de la verdad y de Condillac sobre la lógica. Estos últimos, en particular Malebranche, fueron confirmados en 1800 en la ampliación que hizo al plan de estudios el presidente Carondelet. La reforma era atrevida, ya que, recordémoslo, Rollin, Malebranche y Condillac figuraban en el Índice expurgatorio, así como otros libros recomendados por el prelado, por ejemplo los de Bielfeld sobre instituciones políticas.

Esa presencia de las Luces católicas, en particular francesas, puede ser completada por las indicaciones bibliográficas reunidas por Keeding con el fin de analizar los cursos impartidos más tarde en la universidad por el doctor Miguel Antonio Rodríguez, o, en 1803, para analizar Luis Quijano en filosofía ecléctica, y que citaba a Calmet, Lanoy, Arnaud y su lógica, Malebranche y Condillac, Pascal, los químicos Lavoisier y Fourcroy, el físico Brisson, el historiador Bergier.

---

21 Sobre éste, ver el estudio muy completo de Gato Castaño (1990).

22 Para el proyecto pedagógico de Pérez Calama, ver: Keeding (2005), páginas 325-245. Sobre los antecedentes mexicanos del prelado, ver Cardozo Galué (1973).

## Conclusión

Las Luces francesas en Quito se definen por varias características. Primero, la constancia de su presencia a lo largo de la centuria en las bibliotecas más selectas, las de la Compañía, pero también en las que pertenecían a las familias más distinguidas o a los intelectuales más dedicados al estudio. Después se encuentran en sus diversas facetas, desde las más moderadas –se podría decir las más ortodoxas–, hasta las más comprometidas con la renovación de los saberes y de la crítica del orden establecido, o por lo menos de ciertas normas que, a veces desde hacía siglos, fundaban no pocas prácticas individuales y colectivas. Lo que sabemos por otras vías de la historia intelectual del siglo XVIII hispanoamericano tiende a probar que hubo en Quito una situación bastante comparable con la que se encontraba en otras regiones del Imperio aparentemente mejor vinculadas con Europa por estar en los grandes ejes de la economía-mundo que se estaba implantando entonces.

Por otra parte, uno no puede sino notar cierto desfase entre las posibilidades ofrecidas por la información teórica puesta a disposición de las élites y la prudencia que éstas demostraban en cuanto a las aplicaciones concretas que se podían sacar de ellas. Desde este punto de vista, la actitud de los jesuitas es sin lugar a duda significativa. Hace resaltar aún más los posicionamientos de Espejo que, habiendo bebido como hemos visto en sus fuentes, supo él, al contrario, ir hasta el final de su lógica y sacar las consecuencias sociales y políticas de las constataciones a las que le habían llevado sus lecturas unidas a la agudeza y a la sensibilidad de la mirada que echaba sobre los desequilibrios de su sociedad y de su tiempo.

Los ecos de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en Francia a partir de 1789 habían de conducir a reconsideraciones notables, tanto más cuanto la situación insurreccional que conoció en el último decenio del siglo el Saint-Domingue francés ofreció a las élites americanas un tema de reflexión con conclusiones a menudo contradictorias e incluso inhibitorias.

Finalmente, es de subrayar el excepcional caso quiteño dada la presencia de la expedición geodésica. Los sabios franceses tuvieron sin duda una ac-

ción nada desdeñable, en muchos campos, a pesar de las reticencias y de las sospechas que los acompañaron. Las enseñanzas, las técnicas y las obras dejadas en Quito, los contactos humanos que surgieron entonces, lo prueban sobradamente. Sin embargo, se debe también hacer hincapié en los aportes que las realidades y los científicos de la región aportaron a la renovación y a la extensión de los saberes franceses sobre un mundo que hasta entonces sólo conocían por los relatos de viaje en lo esencial anecdóticos y superficiales.

## Bibliografía

- Astuto, P. L. (1969). *Eugenio Espejo (1747-1795) reformador ecuatoriano de la Ilustración*. México: FCE
- Cardozo Galué, G. (1973). *Michoacán en el siglo de las Luces*. México
- Castañeda Delgado, P. (1987). “La hiérarchie ecclésiastique dans l’empire des Lumières”. En *L’Amérique espagnole à l’époque des Lumières*. París: CNRS
- Chiaramonte, J. C. (comp.) (1979). *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*. Caracas: Biblioteca Ayacucho
- Chiriboga Villaquirán, M. (2006). *Vida, pasión y muerte de Eugenio Santa Cruz y Espejo*. Quito: FONSAL
- Freile G., Carlos E. (1997). *Eugenio Espejo filósofo, aproximaciones a las ideas filosóficas de Eugenio Espejo, 1747-1795*. Quito: Abya-Yala, Universidad de San Francisco
- Gato Castaño, P. (1990). *La educación en el virreinato del Río de la Plata, acción de José Antonio de San Alberto en la Audiencia de Charcas, 1768-1810*. Zaragoza: Diputación General de Aragón
- Gómez, N. (1983). “El manejo del espacio en la Real Audiencia de Quito (siglos XVI y XVII)”. En *El manejo del espacio en el Ecuador. Etapas claves*. Quito (1987)
- Guerra Bravo, S. (1979 a). “Eugenio Espejo filósofo”. En *Latinoamérica, Anuario de Estudios Latinoamericanos*, n°11: 245-267. México
- \_\_\_\_\_ (1978 b) “El itinerario filosófico de Eugenio Espejo 1747-1795”. En *Eugenio Espejo: conciencia crítica de su época*: 49-76. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador

- Judde, G. “Recherches sur Joseph de Jussieu botaniste (et médecin) de l’expédition “La Condamine” (1735-1765)”. En *La Condamine y la expedición de los académicos franceses al Ecuador, 250 aniversario, 1753-1985*. México: IPGH
- Keeding, E. (1973). “Las ciencias naturales en la antigua Audiencia de Quito. El sistema copernicano y las leyes newtonianas”. En *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, n°57: 43-67. Quito
- \_\_\_\_\_ (2005). *Surge la nación, la Ilustración en la Audiencia de Quito*. Quito: Banco Central del Ecuador
- Lafuente, A. y A. Mazuecos (1987). *Los caballeros del punto fijo, Ciencia política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*. Madrid: Ediciones Serbal-CSIC
- Lara, D (1987). “L’amitié de deux hommes de science, Charles-Marie La Condamine et Pedro Vicente Maldonado et l’origine de l’amitié de deux peuples”. En *La Condamine y la expedición de los académicos franceses al Ecuador, 250 aniversario, 1753-1985*: 64-79. París: IPGH-Université de Paris X-Nanterre
- Naranjo, P. “Aspectos menos conocidos de los resultados de la expedición francesa en el Ecuador”:13-27
- Paladines, C. (1978). “El pensamiento económico, político y social de Espejo”. En *Eugenio Espejo: conciencia crítica de su época*: 123-238. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador
- \_\_\_\_\_ (1981). “Estudio Introductorio”. *Pensamiento Ilustrado Ecuatoriano*. Quito, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional
- \_\_\_\_\_ (1989). *La Ilustración francesa y la Ilustración ecuatoriana*, Quito
- Ramos, L. J. (1985). *Las “Noticias secretas de América” de Jorge Juan y Antonio de Ulloa*. Madrid: CSIC
- Roig, A. (1984). *Humanismo en la segunda mitad del siglo XVIII, segunda parte*. Quito: Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional
- Rueda Novoa, R. (1992). “La ruta del Mar del Sur s. XVIII”. En *Procesos, Revista ecuatoriana de historia*, n°3: 33-54. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar

- Sagredo Baeza R. Y J. I. Leiva González (2004). *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
- Silva, R. (1999). “La crítica ilustrada de la realidad”. En *Historia de América andina*, vol. 3 *El sistema colonial tardío*: 361-394. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar
- Théodorides, J. (1987). “La Condamine et la rage bovine”. En *La Condamine y la expedición de los Académicos franceses al Ecuador, 250 Aniversario, 1735- 1785*: 55-62. París: I.P.G.H. y universidad Paris X - Nanterre
- Zúñiga, N. (1977). *La expedición científica francesa del siglo XVIII en la Presidencia de Quito*. Quito